

LA MADRE DE FAMILIA.

**REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.**

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
dra los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas,
en igual tamaño al de
este prospecto.



**SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES**
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mutuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

23 de Abril de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 47.

SUMARIO.

Lea ó la cruz triunfante, por D.^a Matilde Bourdon.—
El mes de María, poesía, por D.^a Josefa Ugarte Bar-
rientos.—Al ángelus, poesía, por D. T. Rodríguez
de la Torre.—Salve, poesía, por idem.—La voz de
la Iglesia, la Redacción,

LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONCLUSION.)

XVI.

EN JUDEA.

En una risueña alborada de mayo, una larga
caravana iba camino de Jerusalem: escoltábanla

algunos soldados de á caballo; varios guías la
precedían; numerosos criados, largas hileras de
pacientes camellos cargados de provisiones, in-
dicaban el rango y la dignidad de las damas,
que las primeras desde los días de Tito, iban á
visitar, llenas de respeto, la ciudad de los he-
breos; y del fondo de las pobres aldeas y de las
grutas abiertas en las rocas, los contados habi-
tantes de aquella tierra desolada, acudían para
ver á la madre del Emperador, que subía á los al-
tos lugares de Sion. La anciana Emperatriz, en-
corvada bajo el peso de los años y de las penas,
iba acompañada de la joven desposada á quien
el César, víctima de los celos de su padre y de
la malevolencia de su madrastra, debía dar con
su mano el imperio del mundo, y de todos los

bienes perdidos era este el único que lloraba.

LEA, á caballo, marchaba al lado de la litera de Elena, y miraba, tristemente sorprendida, aquella Judea tan poco parecida á la hermosa Italia. La tierra de promision, tantas veces hollada por sus dominadores, habia perdido todos sus encantos; no era ya aquel paraíso de delicias que Moisés describía á los hijos de las doce tribus: «Jehová, vuestro Dios, les decía, os introducirá en una tierra excelente, llena de rios, fuentes y lagos, cuyas aguas saltan por valles y montañas; en una tierra que produce trigo, cebada, uvas, higos y granadas; en la tierra en que comeréis vuestro pan, donde no sufriréis carestía... y bendeciréis á Jehová vuestro Dios por haberos dado una tierra tan excelente!»

El terreno estaba inculto, y todo el país, desde Joppe hasta Jerusalem, lleno de desolacion; la esterilidad cubria aquellos campos y vergeles, antes tan bellos, y que ahora solo producian frutos ingratos y salvajes; los rios estaban secos; las moradas de los antiguos habitantes de esta tierra maldita solo ofrecian á la vista muros derruidos; el duelo, el espanto, los castigos de la celeste venganza pesaban sobre estos lugares cuya belleza habian ensalzado los sagrados historiadores; á medida que la caravana se aproximaba á Jerusalem, parecia aumentar la desolacion: el sol caldeaba estas colinas cubiertas de polvo y estas ruinas que fueron en otro tiempo la ciudad de Samuel, la ciudad de los Macabeos, Rama, donde vivia Jeremias, Emaús, donde el divino Amigo de los hombres habia consolado á sus afligidos discípulos; ciudades célebres un tiempo y de las cuales solo quedaban ahora algunas piedras esparcidas: «Estas ciudades han sido arruinadas, y nadie habita en ellas,» habia dicho el Profeta.

Los viajeros de quienes hablamos atravesaron el valle de los Terebintos que presenció la victoria de David sobre Goliath; y pasando á pié junto el torrente, trepando y bajando las áridas montañas que rodean á Jerusalem, vieron al fin envueltos en los ardientes vapores del Mediodía edificios de una blancura reluciente, muros, cúpulas, torres...

La emperatriz Elena salió de su litera, postróse en tierra, besóla, y exclamó en voz baja:

—¡A quien te compararé, ó Virgen de Sion! tu dolor es grande como el mar, ó ciudad de Dios, de la que se han dicho tantas cosas gloriosas!

LEA se habia arrodillado cerca de la Emperatriz, y contemplaba con emocion profunda aque-

llas colinas, aquel templo, aquellas torres, que vieron á Dios, hablando con los hombres, que vieron á Dios muriendo en la cruz.

—¿En dónde está el Gólgota? preguntó á uno de los guías.

—No podeis verlo, contestó; está cubierto de edificios que el emperador Adriano hizo construir.

—Todos caerán, dijo Elena; Adriano no será ya mas adorado en este sagrado lugar. ¡Marchemos! El mismo Jesucristo nos llama!

El ilustre Macario, obispo de Jerusalem, habia salido de la ciudad al encuentro de la madre de Constantino. Acompañábanle sus sacerdotes y todo su rebaño, resto de la primera iglesia fundada por el Príncipe de los Apóstoles, fecundada por la sangre de Santiago, primo del Salvador, y gobernada desde la era cristiana por cuarenta obispos casi todos mártires. Aquellos cristianos por tanto tiempo perseguidos cantaban himnos y sembraban de flores el camino que debia seguir la Emperatriz hasta llegar á su morada, al pié del monte Moriah.

La Emperatriz recibia estos homenajes con rostro afligido; Jesucristo únicamente llenaba su pensamiento y su voluntad, y sin tomar descanso pidió que la condujesen al sepulcro del Salvador:

—¡Ah, señora! repuso el Obispo. Ni el Calvario ni el sepulcro donde José de Arimatea colocó al Redentor, son hoy conocidos. Sobre el Calvario se eleva el templo de Venus; sobre el santo Sepulcro, la estatua de Júpiter: todos los dias se hacen allí sacrificios abominables; doncellas que lloran la muerte de Adonis forman coros danzantes sobre la roca en que la Virgen María estaba en pié junto á la cruz. Los sacerdotes paganos inmolan toros á Zeux sobre la piedra del sepulcro de Jesucristo. Los idólatras han profanado esta tierra sagrada.

—Los dioses de las naciones se van, dijo Elena, y mi hijo nó sufrirá que otro que no sea Jesús reine sobre el Imperio y sobre las almas. Las impías profanaciones de los paganos certifican la verdad de nuestras tradiciones; el infierno se ha levantado contra ellas, pero no prevalecerá. Reunid un buen número de trabajadores, y que comiencen mañana mismo á derribar los templos contruidos por el impío Adriano. Dios permitirá que encontremos el glorioso sepulcro de nuestro Salvador; yo solo he venido á Judea para venerar antes de mi muerte los vestigios de la Pasión de Cristo y rendirles mis débiles homenajes.

Al día siguiente muy de mañana una, cohorte de trabajadores cristianos, presidida por el Obispo y por Draciliano, gobernador de Palestina, comenzó á derribar con santo ardor los monumentos que Adriano erigiera á las impuras deidades de Roma. Arrancáronse del techo las planchas de bronce que lo cubrían; las columnas de mármol, como movidas por otro Sansón, vinieron al suelo; y pronto en fin dejose ver la configuración de la Montaña santa, cuya cumbre, dedicada al amor profano, habia visto los prodigios del amor eterno, y uno de cuyos lados, consagrado á Júpiter, habia guardado tres días el cuerpo de Jesucristo vencedor de la muerte. Sin darse punto de reposo, comenzaron á excavar en aquella tierra venerable: Elena, Macario, LEA, los oficiales cristianos, todos de rodillas, oraban y esperaban: el trabajo duró largo rato; las almas débiles perdían ya toda esperanza, cuando resonó un grito de *¡Ved aquí la tumba!* y todos besaron con efusión aquella tierra mil veces santa.

El Sepulcro abierto en la peña, aquel Sepulcro glorioso que ningún tributo tendrá que pagar á la Resurrección final, se ofrecía á las miradas de todos; en él se notaban señales de sangre, y parecia que el adorable Cuerpo descansaba todavía allí, tantas eran las lagrimas y gemidos que acompañados de acciones de gracias arrancó su vista. El espíritu de san Juan, el fiel discípulo, parecia animar aquellos corazones; la anciana Emperatriz levantaba las manos al cielo, y repetía las palabras de David:

—Lo he jurado; no daré descanso á mis ojos hasta que haya levantado un templo al Señor!

El Obispo y sus acompañantes los soldados y el pueblo, todos herían sus pechos y LEA, al ver la sangre que habia manado del costado abierto, y de las manos y piés taladrados, comenzaba á comprender con qué amor se puede, se debe amar á Jesús.

Los trabajos continuaron durante muchos días; la piadosa Elena no sabia moverse del Calvario, y arrodillada en la roca repetía de continuo:

—Busco el estandarte de salvación, y no lo encuentro! ¡Pues qué! yo me siento en un trono y la cruz del Señor está escondida en el polvo! Buscad, ahondad mas; penetrad en las entrañas de la tierra, y mostradme la fuente de vida! brille á todas las miradas el instrumento de salvación!

Dios escuchó sus súplicas: al lado oriental del Gólgota los trabajadores encontraron una excavación profunda, en la cual descubrieron tres cruces, la inscripción en tres idiomas JESÚS NA-

ZARENO, REY DE LOS JUDÍOS, los clavos y la lanza. Pero dicha inscripción estaba separada de la cruz, ¿y cómo conocer cual de las tres habia sido el rescate del mundo? Todos permanecían indecisos, cuando el obispo Macario tuvo una inspiración divina:

—Tomad estas cruces, dijo á tres de sus clérigos, y llevadlas á casa de Chusea, que está agonizando: el leño de la verdadera cruz la volverá á la vida.

Encaminose allí el Obispo, siguiéndole la Emperatriz, LEA y el pueblo cristiano, animados todos de diversos sentimientos; sostenidos los unos por esta fe que traslada las montañas, y los otros tímidos y afligidos. El cortejo llegó á la morada de la mujer moribunda, á quien conocía toda Jerusalem; hallábase tendida en su lecho, sin quedarle apenas un soplo de vida; arrodillóse el santo Obispo cerca de ella, y exclamó en alta voz.

—Oh! Dios omnipotente, que habeis salvado al género humano por el suplicio que sufrió vuestro Unigénito Hijo, y que habeis encendido en el corazón de vuestra sierva Elena el ardiente deseo de encontrar el sagrado instrumento del cual estuvo pendiente la Salud del mundo! haced que conozcamos de una manera evidente en cual de estas tres cruces triunfó el Salvador, y concedednos que al contacto de la misma esta mujer que yace aquí á punto de morir, vuelva á la vida, desde las puertas de la muerte.

El santo Obispo levantó una de las cruces y la puso sobre la moribunda; pero esta permaneció inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro cubierto con el sudor de la muerte. La segunda cruz no dió mejor resultado. Macario y sus acompañantes oraban con ardor... Acercó la tercera cruz... Chusea se incorporó en su lecho, con los ojos abiertos, animada por la llama de la vida, y dijo con fuerte acento:

—¡Gloria al Altísimo! estoy curada!

Como la hija de Jairo, como el jóven de Naim, como Lázaro, levántose al punto, habiendo recobrado la plenitud de vida y cantando llena de gozo las alabanzas del Señor.

Conociase ya la verdadera cruz, y en el mismo día restituía la vida á un difunto que llevaban á enterrar.

—Hija mía, dijo la Emperatriz á LEA la misma tarde; ahora puedo exclamar como el viejo Simeón: *¡Señor dejad morir en paz á vuestra sierva!* Cumplidos están los votos de toda mi vida: se ha dado la paz á la Iglesia de Cristo; mi raza servirá al Dios verdadero, y la cruz de mi Salvador, felizmente encontrada, recibirá los homenajes.

jes de los hombres. Quiero levantar un santuario digno de ella. Mas antes de embarcarnos para Italia, en donde depositaremos los tesoros que esta tierra santa nos ha entregado, iremos á Belen para visitar la gruta en que nació nuestro Salvador, y luego á las orillas del Jordan, donde recibireis el santo Bautismo; visitaremos Nazaret... rogaremos en todos esos lugares que santificó la presencia del Redentor, y despues volveremos á Roma, pues no quiero morir lejos de mis hijos.

—Madre mia, contestó LEA; os acompañaré en este viaje por Palestina, y recibiré el santo Bautismo si se me juzga digna de esta gracia; pero no os seguiré á Roma... quiero vivir y morir junto al Sepulcro de Jesucristo. Aquí las lágrimas son santas, y el dolor conduce á la vida eterna!

La emperatriz Elena regresó á Roma despues de haber llenado la Judea de sus nobles y piadosas fundaciones; enriqueció las basílicas romanas con tesoros inefables; construyó la basílica de Santa Cruz-en-Jerusalem con un magnífico relicario en donde depositó una parte de la verdadera cruz y la inscripcion; engastó en el oro y las perlas de la diadema imperial uno de los clavos del Salvador, y dió la lanza á una iglesia de Constantinopla. Constantino reconoció su error paternal, y cediendo Roma al nuevo reino cuyo soberano es Jesucristo, y san Pedro su Vicario, fundó á orillas de Ponto-Euxino una ciudad admirable, que hizo capital de su imperio.

Constancia no quiso separarse de su santa amiga la mártir Inés, sobre cuyo sepulcro erigió una iglesia, y en ella se consagró á Dios.

Fausta pereció ahogada en los ardientes vapores de una sala de baños.

Antonia no volvió á Roma; desposóse en África, á gusto de su madre, con el liberto Sexto, adjurando antes el paganismo. Perteneciente á una de las principales familias patricias, dió el ejemplo de esas uniones que igualaban las categorías y que llegaron á ser tan numerosas, que el Senado se vió en la precision de dictar una ley que las consagrara.

LEA vivió muchos años junto al Sepulcro de Jesucristo, dedicada por completo á la oracion y

á las buenas obras. Desprendida de todo, ocupándola exclusivamente la gloria de Dios y el cuidado de los pobres no cesaba de dar gracias al Señor, que la habia llevado á la fé por el camino de la desgracia, que la habia conducido de la sonriente alborada á la tarde religiosa y pacífica, y que la prometia reunirse para siempre con aquellos que habia amado, en los esplendores del dia eterno.

FIN.

MATILDE BOURDON.

EL MES DE MARIA

¡Que hermosa son las flores
que Mayo ostenta!

¡Que fragantes las rosas
Y las violetas!...

¡Que hermoso el campo,
En los dias serenos
Del mes de Mayo.

Los cefirillos locos
Llevan sus alas,
Impregnadas de aromas
De las acacias:

Y en el ramaje,
Fabricando sus nidos
Cantan las aves.

Los arroyos arrastran
Sus claras linfas,
Bajo lirios que en ellos
Tiernos se miran,
Y allá en la noche,
Entre olives gorgean
Los ruiseñores.

Ya son tibias las auras.
De Andalucía;
Ya del África vuelven
Las golondrinas;
Ya lucen rojas,
Entre doradas mieses
Las amapolas.

Florida está la sierra,
Azul el cielo;
Apacibles las tardes,
El mar sereno;
Todo es delicia,
En el alegre Mayo,
Mes de María.

En el mes de la Virgen
Inmaculada;
En el mes de la Madre
Pura y sin mancha,
A quien la tierra,
Homenaje tributa,
Porque es su Reina.

Venid, candidas niñas,
De labios rojos,
De pupilas celestes,
De rizos blondos;
Venid, ¡oh niñas!,
A coger azucenas
Para María.

Y teged á la Virgen
Bellas guirnaldas,
Con las flores mas lindas
Y mas preciadas.

Vereis que hermosas
Estarán en su frente
Vuestras coronas!...

Por las bóvedas altas
Del templo santo,
Del órgano resuenan,
Los graves cantos;
Y ya el incienso,
Como nube olorosa
Llega á los cielos.

Ante el trono sencillo
Do tierna brilla,
La imágen de la casta
Virgen María,
Humildes llegan,
Los que fervidos creen,
Y aman, y esperan.

Los que sufren del mundo
Con las borrascas,
Y á la altura sus ojos
Firmen levantan.

Los que suspiran,
Pero lloran y rezan,
Y en Dios confían.

Coged, niñas, del prado
Graciosas flores;
Celebrad á la Virgen
Entre oraciones:
Que al cielo suben,
Del incienso y las rosas
Con los perfumes!...

Así en el suntuoso
Templo cristiano
Acogiendolos María
Bajo su manto,
Pasen las horas,
Al compas de las preces
Y las salmódias.

Dicen que allá lejanos
Del santo muro,
En las olas revueltos
Del mar del mundo,
Seres se agitan,
Que ni rezan, ni lloran,
Ni en Dios confían.

Que arrastrados del viento
De sus pasiones,
A la Virgen no llevan
Luces ni flores.

Que desdichados,
En fatídicas sombras
Viven luchando.

Que sus frentes golpean
En donde oscura,
Cual siniestro fantasma
Surgió la duda;
Que entre delirios,
Vacilantes caminan
Como su siglo.

Que á problemas funestos
Abandonados,
De verdades eternas
Vánse alejando;
Y cuyas almas,
Desaliento infecundo
Seca y abrasa.

Que quizás por lanzarse
Tras noble ciencia,
De la fuente se apartan
Do brota ella;
Y luz ansían,
Y en tinieblas horribles
Se precipitan.

Que de la fé dejando
La antorcha clara,
Su razon con orgullo
Débiles alzan;

Que en su locura,
Envidian al creyente
De quien se burlan.

Y al volver á sus almas
Torva la vista,
Solo encuentran recuerdos,
Solo ruinas;

Y alegres dieran,
Por un dia tranquilo
Toda su ciencia.

Ellos no son felices
Como nosotros,
Los que al templo sagrado
Vamos gozosos,
Con las ofrendas
Que á la Virgen dedica
Piedad sincera

Niñas que de los valles
Flores sencillas
Arrojais á los santos
Piés de María;
Pedidle puras,
Por el mundo que sufre,
Que tiembla y duda.

¡Qué sufre! no creais,
En sus placeres:
Un inmenso vacío,
Por su mal siente,
Pugna y se afana,
Y no logra llenarlo.....
Que Dios le falta.

¡Ay! de aquellos que impíos
Cruzan la tierra
Sin que eleven su vista
Á otras esferas

¡Ay ¡ay! de aquellos,
Que la moral ajustan
Á sus deseos!

Id, pues, ante la Virgen;
Id y rogadle:
La sociedad vacila,
Vacila, y cae:

Roguemos todos,
Por que broten creencias
De esos escombros.

Y mientras entre sueños
Locos se agitan,
Coged flores de Mayo
Para María.

Veréis que hermosas
Estarán en su frente
Vuestras coronas.

JOSEFA UGARTE BARRIENTOS.

AL ÁNGELUS.

*A María el santo arcángel
anunció la profecía,
y del Espíritu Santo
fué la esposa en aquel día.*

Ave, María.

*Yo soy tu sierva, Señor,
dijo la Virgen María,
cúmplase en mí tu palabra
como anhela el alma mía.*

Ave, María.

*Y el mismo Dios tomó carne
en el vientre de María,
y entre los hombres vivió
siendo del mundo alegría*

Ave, María.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

SALVE.

*Dios te salve, purísima María;
la gracia inunda tu divina frente
como de luz al mundo inunda el día,
como la flor de aroma al fresco ambiente*
*Dios te salve, dichosa criatura;
el Señor es contigo; tu almo seno*

*de virtudes de amor y de ternura
es pozo inagotable, siempre lleno.*

*¡Bendita! de las madres la primera;
tú, sí, á quien la mujer mas pura y santa
orgullosa mil veces te sirviera
para besar las huellas de tu planta.*

*Bendita tú mil veces, gran Señora,
y el fruto de tu vientre, tu alegría;
tú de la gracia la brillante aurora,
Él de la gloria el esplendente día.*

*Mas santa que el arcángel y el querube,
la Madre de Jesús inmaculada,
la que al trono de Dios radiante sube
en brazos de los ángeles llevada...*

*Perdónale á nuestra alma pecadora,
y cuando se decida nuestra suerte
en tus brazos recíbela, Señora,
velando el frío sueño de la muerte.*

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

Villavicencio, 1877.

LA VOZ DE LA IGLESIA

Leon XIII acaba de pronunciar las siguientes palabras, en la recepción del 22 de Febrero, dirigiéndose á todos los periodistas católicos, y nosotros las reproducimos hoy con el mayor placer y respeto.

«De gran satisfacción y de dulce alegría rebosa hoy nuestro ánimo con vuestra presencia, hijos amadísimos, que acudiendo á los ruegos y deseos de un egregio Prelado nuestro, vinisteis aquí en gran número, de todas partes del mundo, para dar á Nos, al comenzar el segundo año de pontificado, en nombre propio y de todos los periódicos católicos, público testimonio de fidelidad y sincera adhesión. Dado que el obsequio plenísimo y la devoción á la Cátedra de Pedro, de que há poco, de hecho y de palabra hicisteis profesion solemne, el ardiente amor á la Religión y el generoso valor con que os consagrais á defender los derechos de la verdad y la justicia, os presenta á nuestros ojos como hueste de escogida milicia, experta en el arte de guerrear, bien pertrechada de armas, y pronta á lanzarse á una señal del capitán en lo mas ríco de la pelea, y á dejar allí la vida.

«Y mayor motivo de alegrarnos nos da el conocer la necesidad que hay al presente de tales auxilios y de tan valerosos campeones. Puesto que, conseguida la

desenfrenada libertad, que mejor se llamaría licencia, de publicar por medio de la imprenta lo que mas place, los hombres amigos de novedades, diéronse en seguida á esparcir multitud innumerable de periódicos que tenían por objeto impugnar ó poner en duda las eternas normas de lo verdadero y lo justo, de calumniar y hacer odiosa á la Iglesia, infundiendo en los ánimos las mas perniciosas doctrinas. Aprovecháronse los tales por largo tiempo de la inmensa ventaja que para sus doctrinas pudieron sacar de la publicación diaria de periódicos que, poco á poco, con el veneno de los errores trastornasen los entendimientos, y fomentando los apetitos malvados y halagando los sentidos, corrompiesen los corazones. Y tan afortunados fueron en esto, que no se engañaría mucho quien quisiera atribuir principalmente á la prensa malvada la multitud de males y la deplorable condición de las cosas á que hemos llegado.

«Por lo cual, habiendo la universal costumbre hecho la prensa periódica, deban los escritores católicos consagrarse, muy á finas veras, á convertir en bien de la sociedad y en defensa de la Iglesia, aquello mismo que los enemigos emplean en daño de la una y de la otra. Pues aun cuando á los escritores católicos no les sea lícito usar de ciertas artes y ciertos atractivos que emplean con frecuencia los adversarios, se puede, sin embargo, competir fácilmente con ellos en la variedad y elegancia del estilo y en la diligencia en adelantar las noticias más recientes; y se puede aventajarlos por la abundancia de conocimientos útiles, y sobre todo por la verdad, que es natural deseo del alma, y cuya fuerza, virtud y hermosura es tal, que en cuanto se presenta á la inteligencia fácilmente le arranca, aunque sea medio á la fuerza, su asentimiento. Y ayudará un poco al buen éxito la manera de decir grave y templada, es á saber que ni con la violencia é intempestiva acerbidad de discurso ofenda el ánimo de los lectores, ni por consideraciones personales, ó por servir á intereses particulares determinados, desatienda la defensa del bien común. Una cosa, empero, sobre todo, habeis de tener muy presente, y es que, como enseña el Apóstol, *digais todo lo mismo y no haya entre vosotros escisiones, sino que esteis de perfecto acuerdo en el mismo sentido y en la misma sentencia*, constantemente adheridos con firmeza de ánimo á las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia católica.

«Y esta union es ahora más necesaria, porque en medio de aquellos mismos que se titulan católicos no falta quien presuma resolver y definir, segun el propio talento, públicas controversias, tambien de grandísima importancia, relativas á la condición misma de la Santa Sede, y parece opinar diversamente de lo que exige la dignidad y la libertad del Romano Pontífice. Para quitar, por lo tanto, cualquiera ocasión de error, importa muchísimo recordar nuevamente á los católicos que la

suprema potestad de la Iglesia, divinamente conferida á san Pedro y á sus sucesores para mantener en la fe á toda la familia católica y guiarla á la felicidad eterna, segun las divinas enseñanzas de Jesucristo mismo, debe gozar de libertad plenísima; y que cabalmente para que esta autoridad pudiese libremente ejercerse sobre toda la tierra, dispuso la divina Providencia, despues de las peligrosas vicisitudes de los primeros tiempos, que se juntase á la Iglesia de Roma el temporal dominio, y que se conservase por larga série de siglos en medio de las infinitas mutaciones de pueblos y ruinas de reinos. Por esta razon, ciertamente gravísima, como ya frecuentemente dijimos, no por ambicion de reinar ni por codicia de mando, los Romanos Pontífices, cada vez que vieron turbados ó asaltados sus dominios, estimaron deber del Apostólico ministerio velar por la conservacion y tutela de las sagradas razones de la Iglesia; y Nos mismo, siguiendo los ejemplos de nuestros predecesores, no hemos dejado de afirmar y reivindicar estos mismos derechos, ni lo omitiremos jamás.

«Por lo cual, vosotros, hijos amadísimos, que íntimamente adictos á la Cátedra de san Pedro, estais tan dispuestos á sostener la causa de la Sede Apostólica, unidos y esforzados, no ceséis un momento de defender el poder temporal como necesario para el libre ejercicio de nuestro supremo Poder, y demostrar con la historia en la mano que es tan legítimo el derecho en que aquel poder tuvo origen y vida, que no puede haber en lo humano otro mayor ni tan grande siquiera.

«Si para suscitar contra vosotros el odio de muchos, dijese alguno que esta soberanía es inconciliable con el bienestar de Italia y con la prosperidad de los Estados, respondedle vosotros que ni la salud ni la tranquilidad de los pueblos tienen nada que temer del Principado de los Pontífices ni de la libertad de la Iglesia. No, la Iglesia no excita sediciones de la plebe, sino antes al contrario, las enfrena y las calma; no fomenta odios ni enemistades, sino que los extingue con la caridad; no estimula el desenfrenado afán ni la arrogancia de la ambicion, sino que las atempera recordando á todos la severidad del último juicio y el ejemplo del Rey de los cielos; no invade los derechos de la sociedad civil, sino que los consolida; no codicia dominar á los Estados, sino que ejerciendo fielmente el magisterio que la está encomendado por Dios, mantiene de hecho el vigor de los principios de verdad y de justicia en que todo orden se apoya, y de los cuales se derivan la paz, la moralidad y todo linaje de civil cultura.

«En lo tocante á los pueblos de Italia, harto claramente muestran los monumentos de los tiempos pasados lo mucho que á los Romanos Pontífices deben esta ilustre ciudad y toda esta hermosa tierra; bien atestiguan que los más preciados timbres de Roma los ha debido á la fe católica, en cuanto *erigida*, como decia san Leon el Mag-

no, por la Sede veneranda de San Pedro en cabeza de todo el mundo, ejerció más vasto imperio con la divina Religión de Cristo que con la antigua dominacion terrenal. Agregad á esto lo que todo el mundo sabe, es decir, el exquisito esmero con que los Romanos Pontífices han fomentado siempre las letras y las ciencias, la liberalidad con que han protegido á las bellas artes, el justo y paternal regimen con que han labrado la prosperidad de sus pueblos. Proclamad, en fin, que los negocios públicos de Italia no pueden prometerse nunca bienandanza ni reposo estable mientras no se haya previsto, como es de rigurosa justicia, á la bignidad de la Sede Romana y á la libertad del Sumo Pontífice.

«Estas y otras análogas cosas tan convenientes á la pró de la sociedad religiosa y civil, debeis proclamarlas uno y otro dia en vuestros periódicos, y avalorarlas con sólidas razones, unidos todos con vínculo de amor y en un mismo espíritu, para sostener la causa de la Iglesia y defender los derechos del Romano Pontificado. En esta lucha que habeis de sostener en pró de la justicia, de la Religión y de la libertad de la Iglesia, ciertamente no os faltará larga cosecha de sinsabores, de fatigas y de ásperas dificultades; pero no por eso desmayéis, no: que de seguidores de Cristo es el acometer arduas empresas y el arrostrar graves padecimientos. Para sosteneros en esa lid vive el Señor, que os socorrerá con abundancia de favores celestiales.

«Y á fin de que sean desde ahora mismo más copiosos á vosotros y á todos y cada uno de los escritores de periódicos católicos, en prenda de nuestro paternal cariño, enviamos desde lo íntimo del corazón la bendición apostólica.»

En los lábios del soberano Pontífice está la palabra de Dios, tal lo creemos todos los que de católicos nos preciamos y la directora de *La Madre de Familia* reitera á los piés de Leon XIII. la promesa solemne de tener siempre por lema la sumision á la iglesia y la defensa de la fe.

LA REDACCION.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.